

Sobre esto y aquello

¿Qué les entusiasma?

EL PROGRAMA DE LA IZQUIERDA HACE RECORDAR CUANDO POLONIO, AL VER AL PRÍNCIPE DEAMBULAR CON LA VISTA EN UN LIBRO, LE PREGUNTA: "¿QUÉ LEÉIS, SEÑOR?" Y HAMLET RESPONDE: "PALABRAS, PALABRAS, PALABRAS"

Por Ramón Díaz

En un artículo anterior me referí al entusiasmo que mueve a los partidarios del EP, y sostuve que la política nunca puede suministrar al entusiasmo sustento razonable, por su limitadísima capacidad para cambiar la realidad que condiciona de las más diversas maneras nuestras vidas. En aquella ocasión me comprometí a inquirir qué es lo que movía a los votantes de la coalición de izquierda a una militancia tan fervorosa. Y aquí estoy, para tratar de responder a la pregunta. Les aseguro que no es fácil.

El método obvio fue recurrir al programa de gobierno del EP ("El otro programa"). Les diré que me hizo pensar en *Hamlet*, la tragedia de Shakespeare. Por aquel diálogo en que Polonio, al ver al príncipe deambular por los lúgubres pasillos del castillo de Elsinore con la vista puesta en un libro, le pregunta: "¿Qué leéis, señor?" Y Hamlet le responde: "Palabras, palabras, palabras." El documento opera, en efecto, como una cortina verbal tras la cual el lector se esfuerza por detectar alguna idea precisa, y con mayor trabajo aún por ordenar aquéllas cuyos contornos borrosos le sugieren alguna identificación.

Pruebas al canto. Veamos qué dicen sobre la inflación. "Se buscará", leemos, "mantener el equilibrio fiscal y contener la inflación, sin transformar estos instrumentos en objetivos en sí mismos." El lector se ve presa de la perplejidad. En política económica hablamos de objetivos, que son los fines que la política procura realizar, y de instrumentos, que son los medios para plasmar los objetivos. ¿Qué nos dice el programa? Que no procurarán transformar ciertos instrumentos en objetivos. Pero, ¿es que eso sería posible? Si algo es un instrumento, ¿cómo podría ser al mismo tiempo un objetivo? El responsable de la política es quien dice qué es objetivo y qué es instrumento. Cambiar un instrumento en objetivo sería reformular la política. Por ejemplo, erigir el equilibrio fiscal en objetivo es algo que el responsable de la política podría concebiblemente encontrar deseable; pero, en todo caso, sería algo que ocurriría dentro de su cabeza, no en la realidad.

Es más. El documento dice que no se transformarán ciertos instrumentos en objetivos "en sí mismos". Pero, ¿es que hay objetivos que no lo sean "en sí mismos"? Si no lo son en sí mismos, es que se persiguen en función de un objetivo que sí lo sea, y enton-

ces no se trata de un objetivo, sino de un instrumento. Arribamos a la conclusión de que un instrumento es un instrumento, y un objetivo un objetivo. Algo que ya sabíamos antes de empezar la lectura.

Pero, por más que este lenguaje infantil, para calificarlo caritativamente, no logre transmitir ningún pensamiento coherente, sí transmite una actitud emocional ante la meta de que se trata, que es la inflación. Nos ha dicho el EP que la inflación no le importa un rábano. Lo repite enseguida de variadas maneras. "No puede considerarse la estabilidad de precios como la condición por excelencia para el logro del desarrollo sustentable. Es una condición importante, pero no la única ni la principal." El documento nos va preparando para lo que viene. "La inflación", continúa, "es un mecanismo regresivo sobre la distribución de los ingresos y afecta las decisiones empresariales, pero aun así, no puede ser un objetivo contenerla al costo de encarecer la economía." Si esto no es una promesa de recurrir frecuentemente a la devaluación, no sé qué pueda significar. Por-

que la única manera de cambiar estabilidad por competitividad es precisamente cambiar generosa y reiteradamente el precio del dólar.

El verdadero significado del documento hay que irlo leyendo entre líneas.

"El gobierno progresista" leemos en la página siguiente, "se caracterizará por el control sobre la expansión monetaria." Pero, si va a devaluar cuando sea preciso para mantener la competitividad, quiere decir que habrá un tipo de cambio fijo. Aspecto fundamental, que el documento opta por remitir a la perspicacia del lector.

Ahora bien, el control monetario presupone el tipo de cambio libremente fluctuante. Porque, con cambio fijo, la gente puede vender dólares si quiere más pesos, o comprar dólares si quiere menos pesos, y el Banco Central tiene que expandir la emisión en el primer caso y contraerla en la segunda. Y carece por tanto de control monetario. Está en todos los textos elementales de economía. Excepto, eso sí, que haya control de cambios. Es decir, que el Banco Central no venda dólares sino a quien tiene licencia para comprarlos (y, por supuesto, nadie va a querer vendérselos a menos que lo obliguen). Si el gobierno de la

izquierda va a caracterizarse por controlar la oferta monetaria (noten la fuerza del compromiso), y estará al mismo tiempo dispuesto a devaluar cada vez que la competitividad lo requiera, no podemos dejar de interpretar que se está anunciando el retorno del control de cambios; lo que por supuesto implica los cupos de importación, la escasez de esto y aquello, y las colas de consumidores frente a los comercios. Todo lo que los uruguayos conocimos tan bien hasta que el control de cambios fue abolido hace un cuarto de siglo.

Con el mismo criterio, tenemos que concluir que se anuncia un sistema de planificación central de la economía. Ya que el programa proclama que "...no creemos en las 'manos invisibles del mercado' que presuntamente solucionarán de manera automática sus desequilibrios." Al contrario, se declaran "...partidarios de que el Estado tenga una participación activa, que fomente selectivamente actividades, que regule y limite el ejercicio del poder económico, que promueva la inversión y que participe en ella cuando lo estime necesario. Todo ello sin perjuicio de preservar para sí la explotación de actividades estratégicas." Si esto no es un anuncio de un nuevo intento de instaurar el "socialismo real", si se me permite el vulgarismo, le anda raspando.

Aparte de prometer la devaluación, el control de cambios y la planificación central de la economía, innegable por más que tácitamente, todo aquello a lo que el mundo próspero le ha dado la espalda, el "Otro Programa" anuncia un inminente conflicto con los acreedores externos. Esto de manera un poco más clara que lo anterior. "La deuda externa por préstamos internacionales que resulte legítima se seguirá cumpliendo." O sea que hay otra que no se cumplirá. Otros anuncios en el mismo sentido son que se examinará "la problemática de la deuda externa histórica no productiva" (¿entonces no legítima?), se instituirá una comisión para la evaluación técnico jurídica de las fuentes de endeudamiento externo y una auditoría internacional para determinar la legitimidad de la deuda. ¡Alerta los tenedores de bonos uruguayos! Cuando las calificadoras de riesgos les dijeron que Uruguay era un buen riesgo, se referían a su capacidad de pago, no a su voluntad de pagar; ésta se daba por sentada, porque nadie, nunca, se priva del crédito deliberadamente. ¿Nadie? ¿Nunca? Bueno, tal parece, leyendo el Otro Programa, que no es tan así.

